

PROGRAMA "CAPITOLIO"

"METRO PICTURES"

Compuesto solamente de grandes exclusivas

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Libro de Blasco Ibañez - Dirección de Rex Ingram
por Rodolfo Valentino y Alice Terry

Cleo la Francesita

por Mae Murray

La Dama de las Camelias (versión moderna)

por Nazimova y Valentino

No me olvides

por Bessie Love y Gareth Hughes

Mujeres Frívolas

por Bárbara-La-Marr, Ramón Novarro y Lewis Stone

La Rosa de Nueva-York

por Mae Murray

Juventud Victoriosa

por Billie Dove

La famosa señora Fair

por Myrtle Stedman, Marguerite de la Motte,
Cullen Landis y Huntly Gordon

Eugenia Grandet

por Alice Terry y Rodolfo Valentino

La Fuga de la Novia

por Viola Dana

Lejos de la Civilización

por Alice Terry y Ramón Novarro

Retenga esos nombres y acuda
donde se exhiban si quiere admirar
lo mejor en cinematografía.



La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 54

25 cts.



NO ME
OLVIDES

por
Bessie Love

Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 54

NO ME OLVIDES

por BESSIE LOVE y GARETH HUGHES



Concesionario:

S. Huguet -- Provenza, 292 -- Barcelona.

Argumento de la película de dicho título

Agobiada por el peso del dolor de la miseria más completa en que vivía desde que su esposo cayó enfermo, presa de lenta y costosa enfermedad, y desesperada hasta el punto máximo posible por no poder atender a la alimentación del tierno ser que dieran sus entra-

ñas pocos meses antes, Luisa Mill pedía al Cielo se fijara en aquel cuadro desgarrador... y fuera clemente.

En tan trágico instante, una mano golpeó, con rudeza, la puerta de la mísera habitación. Luisa no contestó y, luego, al oír pasos de gente que se alejaba fuera, recogió del suelo el siguiente escrito:

Requerimiento

Por el presente se invita á Segismundo Gordon á pagar el alquiler del piso que ocupa, importante la suma de veinticuatro dólares, en el término de tres días, ó, en su defecto, á desalojar la habitación...

Alocada por tanto infortunio, Luisa decidió asegurar por lo menos la vida de su hija del alma, y considerando que no darían solución á su problema largas meditaciones, hizo un supremo esfuerzo por decidirse, y sin vacilar tomó una determinación: librar á la hijita de la garra del hambre... ¡y que el destino dispusiera el resto!

Aprovechando el sueño de su esposo, Luisa salió de su casa y en poco tiempo llegaba al asilo de expósitos. Aquí, entró, y en una habitación, completamente silenciosa, aislada de las demás, vió una camita de hierro en uno de cuyos lados había un cartel apaisado, que la madre leyó y que decía así:

"El niño dejado en esta camita estará en ella una hora, al término de la cual será recogido. Durante esa hora decidirá usted."

Luisa depositó á la niña en la camita y antes

de alejarse de su lado, para siempre, todo su dolor de madre brotó por sus labios en palabras que rompían el alma de las mismas paredes, y por los ojos en amargas lágrimas...

Luego, recordando que su sacrificio era necesario para el bienestar del pedazo de su carne, ahogó la voz de su conciencia que alternativamente la turbaba ó enardecía, y se dirigió, deshecha su pobre vida, hacia una plaza pública cercana, para invertir en ella, torrente humano, la hora que la concedía el reglamento del asilo de expósitos, para reflexionar mejor su gesto...

En la citada plaza, una mujer sencilla y expansiva, que hacía mil monerías á una niña que era un encanto, fijándose en las miradas que Luisa dulcemente dedicaba á la niña, y también las caricias que, sin poder reprimirlas la hizo, exclamó, infantilmente, ¡oh buena viejecita!, enamorada del juguete humano:

—Con todos los trabajos y pesares que nos cuestan, son la felicidad de nuestros corazones... ¿Usted no ha tenido ninguno?

Esta pregunta fué como un estallido que rompiese el velo morboso del corazón de la infortunada madre, quien, con un ansia mortal de llegar á tiempo aún, echó á correr desde la plaza hasta el asilo donde dejara á la niña. El reloj de la catedral, que se divisaba desde la plaza, había indicado á Luisa que «todavía» podía rescatar á su hija.

Pero no fué así... Cuando llegó al asilo, ya su hijita no era suya... ¡la camita estaba vacía!

Gimiendo como una moribunda, Luisa golpeó con sus manos la puerta de la habitación

cerrada sobre la en que estaba la camita vacía, pidiendo que la abrieran y que le devolvieran a su hija. Sus lamentaciones resultaron baldías y en su cruel desespero tiñéronse de sangre sus dedos al clavar sus uñas en la sordida puerta. Rendida, desmayóse al pie de ésta...



Gimiendo como una moribunda...

Entretanto, cerca de la catedral, un hombre objetó al sacristán:

—Vea, amigo: el reloj de su torre está atrasado cinco minutos.

El aludido, consultando su reloj de bolsillo y comparando las horas que señalaban éste y el de la torre, contestó, sin dar a ello ninguna importancia:

—A fe mía que es así; pero... ¿qué significan cinco minutos en el curso de una vida?

¡Sin embargo, menos de cinco minutos habían bastado para que Luisa perdiera para siempre a su hija!

••

Sin datos sobre su identidad, cada uno de los pequeños abandonados se convertía en un número.

Corrieron los años... y la que fué un número se llamaba entonces Anita. De rostro agraciado, candorosa y de voz dulce y armoniosa, así había florecido en tierno capullo la semilla de antaño... Pero una imperfección, debida a un incendio que destruyó el primer asilo a donde pasara desde el materno regazo, provocaba la lástima de quienquiera que, mirándole primero el rostro, detuviera su vista en los bajos de su persona: era cojita, ó, a mejor decir, cojeaba porque tenía una pierna aprisionada en un recto aparato.

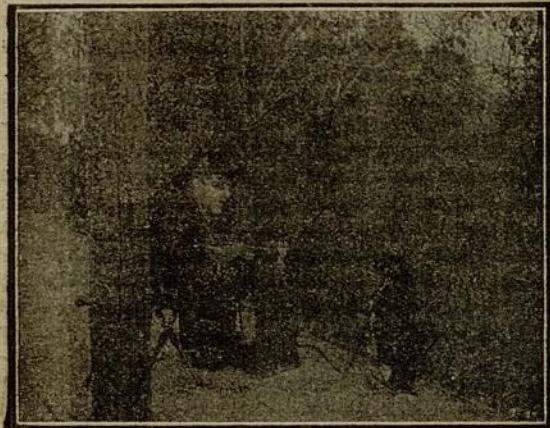
Otro número de los expósitos apuntados el mismo día del ingreso en el benéfico establecimiento de Anita, había tomado el nombre de Jaime, y éste era para Anita el caballero más gentil é hidalgo del planeta.

Anita y Jaime, huérfanos de cariño, se agarraron con tesón a la dicha que experimentaban cada vez que se veían ó que jugaban juntos en el amplio patio del asilo.

Rodolfo, nuevo personaje de nuestra narración, había sido en otros tiempos, ya remotos, un músico muy solicitado por las grandes or-

questas europeas, pero reveses de la vida anulaban su ambición, reduciéndolo á tocar por las calles, fingiendo estar ciego, un piano de teclas, aunque pequeño completo, que cargaba sobre sus espaldas.

No podía faltarle á Rodolfo su compañera de infortunio, y por cierto que Reinita, su fiel



Rodolfo, nuevo personaje de nuestra narración,...

perra, cumplía á la perfección sus funciones de lazarrillo de la convencional ceguera de su amo, y ganábase en la vía pública el sustento de ambos... ¡que ya era ganarse para un perro!

Cada día, terminada su "tournée", el músico

fracasado daba un alegrón á su perra, y ese consistía en ir á tocar frente á la valla que ocultaba á la vista del público el patio del asilo de expósitos.

La alegría sana de los pequeños, ese alborozo juvenil que emociona las almas menos sensibles, era para Rodolfo el más valioso elogio que se pudiera hacer á lo que quedaba de su arte, porque era con una sesión de arte que diariamente regalaba á los desamparados del calor del hogar...

Estrechamente vigilados, los expósitos se permitían cada vez asomarse por encima de la valla á la calle para ver—tal vez para oír mejor—tocar al viejo.

Como es natural, los pequeños creían á Rodolfo ciego; mas éste los contemplaba, detrás de sus cristales ahumados, y se gozaba de su triunfo en aquellas delicadas criaturas.

Jaime, apenas empezada la sesión musical de aquel día de Rodolfo, se acercó más á Anita y, bajo la influencia de la melodía de la partitura, pegó sus labios junto al oído de ella para susurrarla:

—¿No te parece más bella y conmovedora la música cuando el corazón... ama... á alguien?

Anita se limitó, exquisitamente ingenua, á corresponder á la dulcísima mirada de Jaime, y luego, inopinadamente, una mano cogió la suya, apretándosela suavemente.

No era por el lucro que Rodolfo tocaba, sino por el amor de la infancia desvalida, y por esa razón su música era más sincera, más humana...

Da tantas vueltas el mundo que muchas ve-

ces nos parecen imposibles ciertos bruscos cambios en el curso de las existencias de nuestros semejantes. Así, por ejemplo, parece un cuento de hadas contar que Luisa, la madre sin ventura, y su esposo, tras de la recuperación de la quebrantada salud de éste, llegaron á despejar la bruma del recuerdo de las privaciones de años difíciles, y á disfrutar, gracias á la intervención en espléndidos negocios, del esposo, de una posición desahogada de dinero... Sin embargo, nada podría borrar la visión del ángel desaparecido. De ningún modo la abundancia de dinero lograría jamás oscurecer esa perenne celestial evocación...

El exceso de acogidos en el asilo de expósitos inspiró á la Junta Directiva un llamamiento á la caridad particular para que adoptase á alguno de ellos, y quedara espacio en el establecimiento para otros niños abandonados.

La gran noticia había exaltado las mentes infantiles. El nuevo día traería á los pequeños un gran lujo... un padre... una madre... para cada uno de ellos.

Siempre fueron las plegarias de Anita frases inconscientes, brotadas sólo de los labios; ahora subían, férvidas, del corazón, ya que tenía qué y por quién pedir. De rodillas, dirigiéndose al Señor, terminó así su plegaria:

—...y da á todos, madres y padres buenos; y no te olvides de Jaime y de mí.

Al día siguiente llegaron las caritativas personas dispuestas á elegir el pequeño que más les pluguiera, seduciendo á los más la belleza del rostro y prefiriendo los restantes la belleza del alma.



—¿No te parece más bella y conmovedora la música cuando el corazón...

Niños y niñas, guiados por el mismo instinto, atendían á los detalles más insignificantes del vestido, para producir excelente efecto y lograr mejores padres.

La selección de los expósitos proseguía... Anita y Jaime, en mudo lenguaje de sonrisas, enviábase sus mutuos anhelos de suerte.

Una, dos, tres veces estuvo Anita á un paso de tener padres, y otras tantas veces Jaime estuvo, con el corazón oprimido para explotar luego de alegría, esperando el resultado de la simpatía que había inspirado Anita á varias personas. Las esperanzas de los muchachos y los vehementes deseos de Jaime por la felicidad de su amada compañera de infortunio, fueron vanos... El defecto físico de la criatura dulce y buena endurecía los corazones, lejos de bañarlos en ternuras de piedad.

*
**

En su ansiedad por Anita, para quien eran todas sus sonrisas, Jaime se olvidó de emplear alguna de éstas como imán de la atención de aquellos señores que podían adoptarlo.

Todos los asilados, excepto Jaime y Anita, tenían ya sus respectivos padres adoptivos, y en el salón de "muestras humanas" sólo quedaba una señora recién llegada de la calle.

Esa mujer era Luisa, la madre del número convertido en Anita, que iba allí con ánimo de adoptar á otra niña para buscar, consagrándole su tesoro de amor, el consuelo por la pérdida de su hija.

Luisa, por no quedar otra niña, hubo de fi-

jarse en Anita, y sacó de ella una agradabilísima primera impresión.

Jaime vió en la sonrisa de Luisa un nuevo rayo de esperanza para la dicha de Anita, y ésta miró á la dama, *su Madre*, con agradecimiento y humildad.

Algo insólito debió pasar por el pecho de Luisa, pues atrajo hacia sí á la niña y en un sacudimiento de intensa emoción la estrechó en sus brazos con frenesí.

Decididamente—pensaba Jaime—esa señora tomaba á su cargo á Anita.

Tampoco fué así, ¡oh irreal!..., que el mismo reparo que los demás puso Luisa para desprenderse de Anita.

Jaime entristeció nuevamente... Casi lloraba.

Anita, implorante, asió de los brazos á la dama y la dijo:

—Si usted quisiera llevarme consigo... muy pronto me pondría mejor, se lo aseguro.

Luisa, inconsciente de que Anita era el pedazo de sus entrañas por quien tantas lágrimas de dolor y arrepentimiento había vertido, contestó, mirándole otra vez la pierna enferma:

—Me apena mucho no complacerte; pero... es imposible.

Entonces Jaime, con mucha energía y suplicante al mismo tiempo, se puso frente á Luisa y la manifestó:

—Ella puede andar, no lo dude.. Además, cuando usted conozca á Anita, lo olvidará todo y sólo vivirá para amarla.

Luisa no aceptó adoptar á la cojita. En cam-

bio, admirada del bello gesto de Jaime por Anita, dijo á éste:

—Me encanta tu varonil nobleza, y quiero que vengas conmigo y aprendas á quererme mucho, mucho...

—Le ruego que no me lleve, señora... Mi carácter es áspero é inclinado al mal... mientras que ella es dócil y amable... ¡un ángel en la tierra!

Luisa comprendió que esas frases de Jaime las dictaba su nobleza para ceder su sitio á Anita, y todavía lo hicieron más simpático á sus ojos.

De modo que Jaime, elegido definitivamente por Luisa, tuvo, mal que le pesara, que abandonar á Anita en el amplio salón donde quedó sola, para seguir á su madre adoptiva hasta el despacho de la directora del asilo donde ésta había de llenar unos papeles autorizándole la adopción del expósito.

Las pupilas de Jaime, llenas de infinita tristeza, se detuvieron en el retrato de la niña, única copia que quedaba de las «muestras humanas» por seleccionar... ¡El sería compañero de su futura soledad! Y se lo escondió, con disimulo, en un bolsillo interior de su americana, sobre su corazón.

Después, aprovechándose de la entrevista de su madre adoptiva con la directora, volvió al lado de Anita, que se hallaba en el patio, y la consoló como mejor pudo.

La separación fué sencillamente conmovedora y desató de los angustiados pechos de ambos un sublime caudal de lágrimas.

—¿Verdad, Jaime, que te acordarás siempre de mí?

—Yo vendré á verte con frecuencia y te traeré muchas cosas... hasta que nos casemos.

—¡Oh, sí!

—Piensa, para hacer nuestra separación menos dolorosa, que yo voy á un bosque encantador á construir una casita para los dos, con su jardincito y sus flores... y que volveré pronto para llevarte á ella, como á mi Princesita...

—¡Oh, sí!... ¡No me olvides!

Y al distanciarse—Dios sabía hasta cuando—sintieron los dos como si algo muy querido se desgarrase en sus almas.

Más tarde, un miembro de la Junta Directiva del asilo dijo á la directora, frotándose las manos de satisfacción:

—Triunfo absoluto, ¿eh? Ya tienen todos un hogar.

¡Oh, burla cruel del Destino! ¡No todos tenían hogar! Una niña, más digna de compasión por su doble desgracia, cojeaba por el patio como un pájaro mal herido, esforzándose por ir á ocultar su llaga viva al abrigo de un rincón...

A la hora de costumbre llegó Rodolfo, ignorante de que el gentil auditorio para quien prodigaba sus armonías habíase dispersado por el mundo.

En seguida notó el músico el silencio de muerte que reinaba en el asilo, y para cerciorarse de que, en efecto, no había nadie en el patio, subióse á su banqueta y miró hacia adentro por encima de la valla.

Anita vió al ciego, quien, fingiendo haberla

sentido acercarse á donde él estaba, la preguntó qué significaba aquella ausencia de sus amiguitos queridos. Anita le contó lo ocurrido, terminando su triste relato con estas consoladoras palabras:

—Todos se fueron y yo me quedé sola... Nadie me ha querido

Una ola de indignación subió al rostro del músico ambulante, al considerar la injusticia cometida con Anita, la cariñosa cojita.

Al alejarse del lugar donde desde hacía mucho tiempo solía proporcionar un rato de plena dicha á los desventurados sin nombre, Rodolfo estaba apenado... porque ya no volvería á ver aquellos rostros gentiles que, sin ellos suponer que él los estaba contemplando, le sonreían llenos de ternura, y hasta debían bendecirlo. Otro motivo de tristeza se unía al anterior... y ese era el infortunio de Anita, la olvidada.

De regreso á su casa, Rodolfo, tras de mucho cavilar, expuso á su perra, su única compañía, la idea que se le había ocurrido.

—Te digo, Reinita, que debemos traer con nosotros á esa pobrecita muchacha.

En su ladrido, exactamente interpretado por Rodolfo, dijo Reinita: «No quiero que otra mujer tome aquí mi puesto.»

Y, mientras por un lado, Anita, sola en el frío dormitorio, oía aún en su imaginación las amantes palabras del compañero ido, acaso para siempre, éste, Jaime, recibía los tiernos cuidados de un amor materno que el Destino, impasible, había negado á Anita.



A la mañana siguiente, Rodolfo no vaciló más entre decidirse por seguir el consejo de su conciencia y por obedecer á Reinita, inclinándose últimamente á lo primero. Un poco más tarde, disfrazado de caballero, con vista, se presentó á la dirección del asilo y exponiéndole sus deseos de adoptar á una de las expósitas, consiguió lo que de antemano sabía: la adopción de Anita, por no quedar otra en el asilo.

Rodolfo hizo una declaración falsa, eligiendo el domicilio que le plugo, de los barrios burgueses, y se llevó á la monísima criatura.

Por primera vez en su vida, Anita iba á saber lo que era un hogar. Desde que su mente empezara á forjar sueños, el primero había sido tener una madre sólo para ella. Sin embargo, en casa de Rodolfo, no halló la realidad de ese sueño, aunque otras vinieron á alegrarla.

—Todo es muy lindo aquí, maravilloso... — exclamó, extasiándose ante las más insignificantes cosas—...perohuele á perro de un modo horrible.

El primer impulso de Anita, que amaba lo bello por instinto, fué de abrir las ventanas de la casa de Rodolfo para que el aire saneara el interior, animando á seres y á cosas.

Jaime, que no durmió en toda la noche, pensando en Anita, á media mañana salió de su casa y compró unas flores para llevárselas á ella al asilo. La decepción de aquél fué grande,



—¡Oh si.. ¡No me olvides!

cuando, al preguntar á un empleado por Anita, éste le contestó:

—Ya no está aquí. Se la llevó un sujeto al parecer muy rico.

En la secretaría del asilo dieron á Jaime la dirección falsa de Rodolfo, y por esta razón quedaron separados, perdidos en el torbellino de la vida, Anita y Jaime.



Anita aprendió á tocar el violín...

El tiempo engarzó nuevos eslabones en su cadena interminable... Fructificaron las simientes del trabajo y de la constancia... Rodolfo abandonó la vida callejera, y el rescoldo de su genio volvió á ser llama, merced al milagro de los dedos de la niña.

Anita aprendió á tocar el violín guiándola al piano el resurgido artista. Pero el talento de la alumna, en la que Rodolfo tenía puestas todas sus esperanzas, no cabía en los moldes rutinarios de la técnica, y se desmandaba en el terreno de la improvisación.

Con su música suspirante, que reflejaba todos los anhelos de su alma, cautivaba á los inquilinos de la casa, en particular á uno de ellos, ciego, que la bendecía por los deliciosos momentos de *lucidez* que ella, con su instrumento, le hacía vivir.

Jaime no había olvidado á Anita, pero los recuerdos habíanse velado bajo la sombra de las alas del tiempo...

Poco á poco la madre adoptiva de Jaime, había ido incubando ambiciones de posición social para él... y tal vez para ella misma.

Cierta día, sorprendiendo á Jaime en la contemplación de la fotografía de Anita, se la quitó, suavemente, diciéndole, cariñosa é insinuante:

—En otro semblante debes pensar, querido Jaime. Esto es ya para tí algo muerto, como el humilde ayer cuyo recuerdo evoca.

Jaime—la patina del tiempo también roe los corazones—dejóse llevar por su protectora á los brazos de una novia con buena dote, alta posición social, joven y agradable... por todos conceptos. Esos brazos supieron, con cariño solamente, conquistar la voluntad de Jaime, y paulatinamente, Anita esfumóse de su pensamiento.

Entretanto, la olvidada adelantaba con facilidad pasmosa en el camino del éxito y el

curso de los días la trajo la ocasión de tocar en una ceremonia religiosa, unas nupcias en el mundo elegante.

¡Oh, si aquellas flores de azahar fuesen para ella... Y la voz arrulladora de Jaime susurrando á su oído: *"Hasta que nos separe la muerte"*.

Como si esa evocación del ser querido la hubiese inspirado, Anita tocó admirablemente.

En el momento de la declaración de la promesa de amor y fidelidad de los dos contrayentes, Anita miró distraídamente á los novios cuando pronunciaban el sí de ritual, y entonces sucedió algo tremendo. ¡El contrayente era Jaímel!

Las notas se quebraron tras un largo sollozo, como si el violín hubiese enmudecido de pena... Pero supo impedir, en un esfuerzo de voluntad, que la nube de dolor que envolvía su alma se deshiciera en llanto.

La tierna ilusión de Anita se derrumbaba destrozando su única esperanza amorosa.

Al fin al de la ceremonia, cuando ya la nave central del templo se desalojaba completamente, Anita no pudo contenerse más y cayó desmayada en los brazos de Rodolfo...



Un año después. Noche de tempestad. El destino escribía sobre las páginas del Tiempo... y varios corazones temblaban medrosos, ante la amenaza de lo irreparable. Desesperaba el médico... La maternidad augusta tenía á la jo-

ven esposa de Jaime en los umbrales de la muerte.

Todo fué inútil... Ni la ciencia del comadrón ni las plegarias de los parientes libraron á la madre y al ser que acababan de dar sus entrañas, de una muerte atroz.

La tempestad arreciaba en la calle. Jaime, trastornado por la ruda impresión recibida, salió, peligrosamente inconsciente, á lanzarse bajo aquélla, en reto impío á las iras del cielo.

Vinieron días de vagar sin objeto, por horror al hogar que la adversidad destruyera... hasta que la mente aturdida reposó en el recuerdo del escenario de una infancia feliz. Había llegado al asilo de expósitos, su hogar de antaño.

El ensueño parecía adquirir carne de vida: un rostro inolvidado, una voz tiernísima, una solemne promesa de amor... Y Jaime, obsesionado por ese mágico recuerdo, tendió los brazos para recibir en ellos á Anita... mas el choque con el enrejado metálico que sirvió en otros tiempos para separar el patio de las niñas y el de los niños, fué lo que dió á entender á Jaime que soñaba... y su desespero fué mayor.

Por su parte, Anita no había olvidado á Jaime, á pesar de haber él faltado á su promesa, pues suponía lo que había ocurrido, y lo disculpaba, afirmando que Jaime estaba en su perfecto derecho de temer que no volvería á verla más á ella por haber transcurrido tantos años sin que se hubiesen encontrado en la vida.

Sin embargo, ¡cuántas veces en la calle, esos

seres, se habían cruzado sin fijarse el uno en el otro!

Desde el día de su error funesto, el reloj de la catedral había ejercido sobre la madre una atracción torturadora, pero invencible.

Una mañana, mientras, como otras mañanas anteriores, la madre, buscando á su hijo adoptivo por la ciudad, lo cual también hacía su esposo, por otro lado, se detuvo un momento á descansar junto á la pared de la monumental iglesia, emocionada por el inevitable é inborrable recuerdo, unos hombres—el sacristán de la catedral y el portero del asilo de expósitos—se pusieron á platicar á pocos pasos de ella:

—Otra vez su reloj está atrasado cinco minutos.

—Verdad que sí, amigo, pero... ¿qué significan cinco minutos en el espacio de una vida?

—¡Alto ahí! En los muchos años de portero del asilo ha visto uno tantas cosas... Yo diré á usted de una vez en que cinco minutos fueron todo en la vida de una madre.

Y el viejo portero refirió la historia de Luisa, á quien halló, al ir á limpiar la habitación donde había la cama vacía, tendida en el suelo. La consoló como pudo y recordaba aún las insistentes exclamaciones que le dictaba su dolor.

—¡Hija de mi alma! ¡Fué el reloj... el reloj maldito!

—Esa mujer me dijo, llorando que daba pena, que perdió á su hija porque el reloj de esta torre atrasaba cinco minutos.

Entristecido, el sacristán se prometió cuidar mejor de su infiel armatoste.

Luisa, que lo había oído todo, sorprendió al referido portero con la siguiente declaración:

—Yo soy aquella madre; y con qué loco afán, con qué ansiedad estéril he buscado á la hija de mi corazón. ¡Si usted supiera de ella!...

—Ya lo creo que sé—contestó el requerido.

—¡Oh! ¿Dónde está?

—La verá usted esta misma noche. Tocaré el violín en público... he sido invitado.

En efecto, aquella noche se presentaba por vez primera Anita ante el público, en pos del ideal supremo que acariciaba su alma, muerta para el amor: la consagración de su genio de artista.

Los vecinos no podían faltar al espectáculo, convencidos del triunfo indiscutible de la niña, tan lealmente admirada.

Rodolfo conversaba de acá para allá, visiblemente satisfecho, porque los destellos de la apoteosis de Anita irradiarían sobre él, como nimbo de aquella gloria que le negara la juventud.

Entre el público abundaban los comentarios previos: augurios felices, esperanzas, dudas... Algunos, apologistas fervientes; otros, los que no conocían á la artista, más parcos en aventurar juicios.

Luisa y su esposo estaban allí, en ansiosa espera... y el viejo portero del asilo estaba penetrado de la importancia de su papel en aquella noche, por varios conceptos solemne.

*
**

La sala de audiciones estaba completamente llena cuando apareció Anita.

El portero del asilo no tuvo necesidad de repetir á Luisa que esa era la niña abandonada aquel día fatal, es decir, su propia hija, pues, apenas la vió, reconoció á la cojita del asilo, ya curada de su herida de la pierna, é inició el gesto de levantarse y gritar, impidiéndoselo enérgicamente su esposo. La sorpresa, además de haber sido una alegría inmensa, fué también una inmensa tristeza, consecuencia lógica del remordimiento que sentía por haber rechazado--sinsaber que lo era--fá su propia hija, prefiriendo á Jaime. Nadie podría negar que Anita era su hija, pues se parecía á ella muchísimo.

Sin más datos importantes que apuntar, principió el concierto, estimulada Anita por los aplausos de cortesía que le tributaron todos al aparecer.

La vida juega con nosotros á su capricho y no para mientes en si nos causa aflicción ó nos da alegrías. La vida es muda, que á nadie avisa de lo que reserva, y sorda, que á nadie tampoco atiende las quejas. La vida es un enigma como nosotros mismos.

Jaime, por cierto, tenía sus motivos para no estar satisfecho de su suerte, y, casi desfallecido, cruzaba aún la vida cruel, presa de inquietud constante, devorado por un hondo sufrimiento... Daba lástima verle en el estado en que lo había puesto el errar por la ciudad, sin

dirección y con el solo propósito de alejarse de su hogar de tragedia. Sus facciones, antes tan risueñas, se habían alterado, y eso lo envejecía...

Un grupo de personas comentaba en la acera de la calle frente á la sala de audiciones donde Anita iba á debutar, las posibilidades de éxito que podía tener la novel artista, hasta decidirse á entrar á oirla. Por curiosidad entonces, Jaime se acercó á un cartel anunciador del espectáculo que se daba en aquel lugar, y sus ojos, incrédulos y grandiabiertos, se detuvieron ante una fotografía que aparecía en el centro del cartel en cuestión. ¡Oh, sí; no cabía duda! ¡Era Anita! El corazón de Jaime latió con fuerza indomable á la par que su cerebro aletargado desde los funestos acontecimientos por que el destino le había hecho pasar, se libertaba de la cárcel de la inconsciencia según iba entrando la luz en él...

Abrigando en su pecho, cansado de sufrir, una esperanza que de realizarse colmaría todos sus anhelos de juventud, Jaime entró á ver con sus propios ojos si era Anita en persona quien debutaba.

La violinista ya había empezado su sesión de Arte cuando Jaime hizo su aparición por el fondo de la sala. El silencio imponía... El ambiente, saturado de poesía, encogía los corazones. Jaime asombrado y todavía temeroso de ser objeto de una falsa sugestión, detúvose allí mismo; permanecía de pie y observaba á la concertista de pies á cabeza, para no dudar más de la autenticidad de su amiguita de anta-

ño y de siempre, á quien tanto había ido buscando desde su separación.

Al terminar su concierto, Anita recibió muchos aplausos, pero no tantos como Rodolfo esperaba.

Entre el público se juzgaba la habilidad de Anita de distintas maneras. Los inteligentes opinaban que tenía un perfecto dominio de la técnica; pero ello aparte, convenían, como el resto del auditorio, en que le faltaba la llama creadora, ese don que obsesiona, que humedece los ojos de ternura.

Rodolfo estaba desconcertado y á Anita le sucedía lo mismo. El triunfo no era más que mediano. Mas una de las vecinas de Anita, se levantó improvisadamente de su silla y dijo á la violinista:

—¡Toca una de aquellas antiguas canciones tan lindas!

La petición fué excelentemente acogida por Anita quien, autorizada por Rodolfo, contagió al violín todos los pesares y deseos de su vida, y con frases melódicas de nadie aprendidas, narró un poético cuento de amor.

Ahora se escuchaba su música con emoción religiosa, suspensos los sentidos, extáticos los corazones.

La tensión en que las vibrantes estrofas dejaron la sensibilidad del auditorio, retardó el aplauso, y, en el silencio de emoción, leyó Anita su derrota... Afortunadamente, reaccionando tras breves segundos, el público á una premió la portentosa maestría de la debutante, batiendo muchas palmas en su obsequio y regalándola muchas flores.

Rodolfo ahuyentaba las lágrimas revoltosillas que se salían de su marco y se esforzaba por tener una expresión de rostro normal para producir el efecto de que ya estaba acostumbrado á vencer, por experiencia, la emoción de esa clase de triunfos.

Jaime, que había puesto su alma en escuchar á Anita, comprendió los ayes de dolor que por las cuerdas del violín exhalaba el corazón de ella, así como la causa de ese mal, y despejándosele completamente al fin su tenebrosa mente, allí mismo, delante del numeroso auditorio, cual ciego que recuperase la luz, corrió hacia Anita, tendiéndole sus brazos; ella, al reconocerlo, estremeciósse toda, á riesgo de que la diera algo á causa de tan fuerte é inesperada sorpresa, y los que en un tiempo fueron un solo corazón en dos cuerpos, olvidaron su nueva condición actual y, fieles únicamente al recuerdo de la promesa de amor, en un vehemente abrazo parecieron decirse: «¡No te olvides!... ¡Por fin te hallé!

Luisa y su esposo también quisieron sorprender á Anita, presentándose á ella, por mediación del conserje del asilo, como sus verdaderos padres.

Hubo, por parte de Luisa, como una demostración de arrepentimiento á su hija... pero ésta, sin necesidad de mayores explicaciones, perdonó... En el rostro de su madre leía claramente sus grandes sufrimientos...

Jaime, que no había visto á sus padres adoptivos hasta después de haberse reunido con Anita, pasmóse ante el increíble caso que se

aclaraba en su presencia, y en el cual todos habían intervenido ignorándolo en absoluto.

La concurrencia al debut de Anita desalojaba el local doblemente satisfecha, por la sesión de Arte y por las delicadas escenas que había presenciado.

La repentina alegría de Anita producida por



...presentándose á ella, como sus verdaderos padres...

el anhelado encuentro con Jaime, nublóse como por encanto al recordar que él ya no era suyo... porque no era libre como antes... Sin embargo, Jaime se lo contó todo... y entre la tristeza del luto brilló —que el mundo no se detiene nunca— la luz de esperanza de antaño.

Una nueva vida iba á empezar para todos; vida de amor sin igual.

Para Rodolfo, sin embargo, habría un cambio brusco en su existencia... pues se separaba de Anita; pero, hombre de noble corazón, se resignaba de esa pérdida al pensar que los sueños de la fiel enamorada serían pronto una bella realidad. Y de nuevo, como tiempo atrás, el artista no tendría más compañía que su perla Reinita.

En cambio Anita y Jaime, reviviendo horas pretéritas felices, recordaban la escena de su despedida al salir Jaime del asilo, y su mutua promesa de amor... Y la imaginación ardiente y soñadora construía la casita blanca de su ilusión...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Próximo número:

ACONTECIMIENTO VERDAD

El argumento desarrollado
de la magnífica película:

En los jardines de Murcia

(María del Carmen)

adaptación á la pantalla según la traducción
del pulcro escritor Don Carlos de Batlle, de la
novela del insigne literato Don José Feliu y
Codina, titulada:

María del Carmen

Una verdadera joya cinematográfica.
Protagonista insuperable:

Arlette Marchal

Postal - fotografía:

Gloria Swanson

Precio: 25 céntimos

No deje Vd. de adquirir este número

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre á hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frivoias. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea. 54, No me olvides.

La Novela Semanal Cinematográfica

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpín. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison.